



JULIO MENAJOVSKY / ARCHIVO NACIONAL DE LA MEMORIA

La memoria mutilada

POR ADRIANA GHITIA

Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA) y magíster en Diseño y Gestión de Programas Sociales (FLACSO). Especialista en Comunicación Institucional en el ámbito público. Desde comienzos de la década de los 90 ha estado a cargo de estructuras de comunicación institucional y del diseño de estrategias y planes integrales de comunicación. Desde 1996 es docente de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA). Cuenta con experiencia docente en formación de grado, posgrado y en capacitación de recursos humanos en comunicación en el ámbito público.



NOUVEAUX DROITS DE L'HOMME / ARCHIVO NACIONAL DE LA MEMORIA

A lo largo de nuestra historia los derechos sociales, políticos, económicos y consecuentemente humanos fueron conculcados una y otra vez. Sin ir muy lejos durante el siglo XX supimos de bombardeos a la plaza del pueblo, de proscripciones políticas, de fusilamientos, prisiones, secuestros, torturas y desapariciones.

Con el golpe militar de 1976 se instaló la represión más sangrienta en nuestro país. En el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional, el Estado apeló a su estructura, a las Fuerzas Armadas y de Seguridad para llevar a cabo un plan sistemático de represión y genocidio que generó miles de muertos, presos, desaparecidos, niños y niñas apropiadas y exiliados.

De este modo se persiguieron de manera indiscriminada y a mansalva, entre otros, a trabajadores, estudiantes, periodistas, intelectuales, artistas y religiosos, sin distinción de sexo, edad o religión. La persecución no se detuvo en la persona a quien procuraban capturar, sino que se extendió a familiares, amigos e incluso a quienes figuraban en alguna agenda.

Con motivo de cumplirse 40 años del golpe militar y con el objetivo de rescatar porciones de la memoria de aquellos tiempos incursionaremos en la situación de exilio externo en tanto violación a los derechos humanos. Las distintas subjetividades puestas en juego fueron y siguen construyendo la memoria colectiva de la represión en nuestro país. Una memoria que se inscribió con sangre en los cuerpos y en la sociedad misma.

LOS MILITANTES DE LOS 70

Los militantes de la década de los 70 crecieron en medio de asonadas y procesos militares y al calor de las movilizaciones populares por la recuperación de los derechos cercenados. Sólo por recordar algunos se mencionan la Noche de los Bastones Largos, el Cordobazo y el Rosariazo. La gesta popular por el retorno del general Perón a la patria marcó los comienzos de la década y fue un imán que atrajo a miles de jóvenes a la vida política y a la militancia. Jóvenes que admiraron y vieron triunfar movimientos revolucionarios y se fueron enamorando de la revolución.

Así, el sentimiento se focalizó en la patria, el pueblo y la revolución -objetivo final, trascendente y abortado- en los que se hizo carne un amor absoluto, hacia afuera, al cual se supeditaron todos los amores fragmentados, según dicen algunos, de sus vidas: la pareja, la familia y la amistad. Los amores de, por ejemplo, mujer, hija, hermana, nieta, sobrina, madre, amiga se amalgamaron en uno solo, el amor a una revolución para todos.

Por su parte, con la vuelta a la arena política del peronismo, el denominado "hecho maldito" de la historia argentina, flamearon con fuerza las banderas de soberanía política, independencia económica y justicia social a las que muchos jóvenes incorporaron, en aquel contexto, la del socialismo nacional.

La revolución y la utopía de una patria liberada del yugo opresor fueron el centro de la cosmovisión, centro ▶

► que ya había ocupado Dios, y que ocupaba el hombre racional, omnipotente, con poder sobre la naturaleza y dominio en el terreno de la ciencia y la tecnología. Ese hombre no interesaba, interesaba el hombre puesto ciento por ciento en función de los demás, el hombre nuevo. Podríamos decir que desde dicha óptica se cuestionó al modernismo de aquellos años.

Y hubo entonces una suerte de batalla asumida como consecuencia del hecho de abrir los ojos a un mundo injusto, desigual, en el cual la clase dominante era la oligarquía para algunos y la burguesía para otros. Un mundo social antagónico, en disputa, que interpelaba. Y entonces se asumía el compromiso militante de dar la batalla a riesgo de la propia vida que ya estaba al servicio de la patria y de la causa popular. Y todo aquello que no implicara riesgo de vida no valía la pena porque no se estaban cuestionando en serio los intereses de la clase dominante. Y se podía retroceder y entonces sólo se transcurriría por la vida habiendo perdido la oportunidad de trascender. Y a medida que se acercaba marzo de 1976 la muerte estaba ahí, acechando detrás de la puerta, y entonces aparecía el miedo y se lo enfrentaba.

Y abrir los ojos era también renegar del origen de clase, de ser un "burgués", era cuestionar las prácticas y los saberes adquiridos durante años, las estructuras de los afectos, había que darse vuelta como un guante para ser revolucionario.

LA SITUACIÓN DE EXILIO

En la época previa a 1976, y abiertamente luego del golpe militar, miles de familias comenzaron a deambular primero por el país y luego por los países vecinos para eludir una persecución indiscriminada. Al principio, se pensaba que era apenas un recurso momentáneo para garantizar la seguridad mínima y sobrevivir, y no una alternativa que se fue haciendo carne con el correr del tiempo.

LAS DICTADURAS INSTALADAS EN EL CONO SUR DURANTE LA DÉCADA DEL 70 FUERON POSIBLES, ENTRE OTRAS CUESTIONES, PORQUE SE TRABAJÓ EL CONSENSO DESDE LOS PLANOS CULTURAL Y SIMBÓLICO.

La gran mayoría de los argentinos que cruzaron las fronteras había soportado primero operativos sobre sus viviendas, en muchos casos con la detención o el secuestro temporario o definitivo de sus familiares. Asimismo, resulta significativo el número de exiliados que han padecido en carne propia detenciones temporarias o secuestros. Todos vieron interrumpidos de manera abrupta y forzada las actividades y relaciones de su vida cotidiana.

Atrás quedaban familias y viviendas que en no pocos casos fueron destruidas y en forma total o parcial pasaron a formar parte del botín de guerra del "proceso". Salvo situaciones aisladas en las que lograron ingresar a embajadas de países solidarios, o dirigirse directamente hacia otros países, la gran mayoría de los que dejaron la Argentina lo hicieron por los pasos fronterizos y con riesgo de ser capturados al tratar de salir. Un importante porcentaje salió sin documentos de identidad y sin pasaportes o visas para viajar a otros países.

Esto generó que distintas generaciones de argentinos tuvieran que sobrevivir en un medio no elegido, con una dolorosa sensación de pertenencia a un país al que no se podía volver. A las dificultades de inserción laboral, social y cultural y a las situaciones de discriminación padecidas en algunos de los países se sumaron las propias resistencias a reconocerse en un país que no era el propio.

Además, la inseguridad persistía desde el momento en que la dictadura organizó operativos destinados al secuestro y asesinato de opositores en el exterior. La existencia de una coordinación represiva entre los gobiernos militares del Cono Sur -que tendría en la Operación Cóndor su punto más alto de expresión- determinó que así como chilenos y uruguayos fueron perseguidos y secuestrados en nuestro país, en Uruguay, Paraguay, Brasil, Perú, Bolivia y Chile funcionara una Internacional del terror que puso en riesgo la integridad de los argentinos persegui-

dos. Así se concretaron, entre otros, los casos de traslados de secuestrados en América Latina a España y Francia. En el mismo sentido se creó el "Centro Piloto de París", entre cuyas actividades buscaban mejorar la imagen argentina sobre el tema de los derechos humanos y la "infiltración en grupos de exiliados".

LA VUELTA A LA DEMOCRACIA

Con el retorno de la democracia en 1983, la recuperación de la identidad individual, la vuelta a la vida cotidiana y a los afectos fue un proceso complejo y tortuoso para los y las sobrevivientes de la dictadura militar. Tenían que reinsertarse en los espacios en los cuales habían estado ausentes en los años en los que normalmente se construye el futuro y fundamentalmente convivir con la culpa de "estar vivos" que durante años pasó factura.

La utopía de una patria liberada, de la revolución al servicio del pueblo había quedado atrás y con ella la identidad forjada en su seno despuntó entonces el riesgo de terminar siendo un paria.

Un capítulo aparte lo constituye el de los niños y niñas que partieron con sus padres o nacieron en el exterior (algunos en condición de apátridas dado que en los países que los acogieron como residentes no les otorgaron la nacionalidad). Al comienzo tuvieron que adaptarse a un país que los había expulsado, a un aprendizaje escolar distinto al que habían realizado, a la pérdida y a la vez reencuentro con los afectos, entre otros. Al día de hoy, debido a la ausencia de un marco legal, no se les reconoce de manera automática la nacionalidad argentina, por tanto tampoco sus hijos e hijas pueden acceder a la misma en caso de que continúen viviendo en el exterior.

Durante la primavera democrática del gobierno de Alfonsín se generaron expectativas que se fueron diluyendo a fines de los años 80 y que culminaron con la caída del muro de Berlín en un contexto de fuertes cam-

LA NECESIDAD DE SEGUIR PROFUNDIZANDO EN LAS RESPONSABILIDADES DEL GOLPE MILITAR DE 1976, EN PARTICULAR LA CIVIL Y EMPRESARIA, Y EN SUS SECUELAS ECONÓMICAS Y POLÍTICAS, ENTRE OTRAS, SE VE PUESTA NUEVAMENTE EN CUESTIÓN POR PARTE DEL GOBIERNO QUE ASUMIÓ EN NUESTRO PAÍS EN DICIEMBRE DE 2015.

bios políticos y tecnológicos, entre otros, a partir de la acelerada evolución de las nuevas tecnologías de información y comunicación. Con espanto se asistió a un mundo llamado posmoderno en el cual se proclamaba a los cuatro vientos que la historia había llegado a su fin. Sin embargo, la historia y las ideologías seguían dando batalla. Durante los años 90 se cristaliza el modelo neoliberal que se fue forjando a sangre y fuego en los años 70 en toda América Latina. Nada más alejado de los ideales que movilizaron a los militantes de aquellos años.

Las dictaduras instaladas en el Cono Sur durante la década del 70 fueron posibles, entre otras cuestiones, porque se trabajó el consenso desde los planos cultural y simbólico. La memoria fue mutilada e inscripta con sangre en la sociedad, merced a un sistema de crueldad, terror y muerte que acalló las voces de los diversos actores sociales y paralizó a una sociedad que en muchas oportunidades tan sólo atinó a decir "algo habrán hecho". Esta respuesta inicial frente a la represión masiva fue desarticulada por las denuncias de violación a los derechos humanos llevadas a cabo durante la dictadura -tanto a nivel nacional como internacional- y luego continuadas en los espacios que se fueron generando a partir de la recuperación de la democracia.

En relación con la figura del exiliado, la idea del "zafé", del "borre", del confort, de la vida disipada y de la abundancia económica que pretendió construirse en el imaginario social resulta otra pieza funcional al esquema de los "apátridas", los "NN", los que "no están" (como definió Videla a los desaparecidos), con que se intentó construir el edificio del olvido y la justificación del terror.

A partir de 2003 con sorpresa primero y entusiasmo después muchos militantes de los 70 celebraron que los gobiernos de Néstor Kirchner y luego de Cristina Fernández de Kirchner llevaran a cabo un modelo de desarrollo inclusivo y de ampliación de derechos que recuperó muchas de las banderas de aquel entonces. El gesto fundacional del presidente Kirchner bajando el cuadro del general Videla y la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final dieron por tierra la teoría de los dos demonios instalada a fines del gobierno de Raúl Alfonsín y dio comienzo a una política de derechos humanos y de recuperación de la memoria colectiva que apuntó a "tener presente el pasado" para no repetir los errores que no llevaron a buen puerto.

La necesidad de seguir profundizando en las responsabilidades del golpe militar de 1976, en particular la civil y empresaria, y en sus secuelas económicas y políticas, entre otras, se ve puesta nuevamente en cuestión por parte del gobierno que asumió en nuestro país en diciembre de 2015. En tal sentido, siguen resonando las palabras pronunciadas por el actual presidente de la Nación un año antes: "conmigo se acaban los curros en derechos humanos". •